

ROQUEMAURE.

Todavía hablamos de dar un paso más en la antigüedad: verdad es que no eran ruinas visibles las que íbamos á buscar, era un simple recuerdo social de que no quedaba nada más que los mismos lugares que lo habían conservado: empero aquel recuerdo es de tal importancia en la historia del mundo, que se conserva sin una pirámide, que va creciendo de siglo en siglo en la memoria de los pueblos. Cartago y Roma, representaban no solamente dos ciudades, si no dos pueblos: no solamente dos pueblos, sino dos civilizaciones: y combatían sin pensarlo tal vez, no sólo por el imperio de lo presente, si no también por el del porvenir: tratábase de decidir en fin si el mundo sería romano ó cartaginense, europeo ó africano: Cartago con marineros y comerciantes: Roma con sus labradores y sus soldados estendiéndose del Oriente á Occidente á las dos orillas del Mediterráneo; el uno desde los altares de los Fenicios que estaban á lo largo de la gran Sirte hasta el Ebro, donde se hallaba Sagunto: la otra desde la Iliria donde Emiliano acababa de tomar á Dimale, hasta la Galia Cisalpina donde Lucio Manlio acababa de establecer las colonias de Plasencia y Cremona: las dos, decimos, después de haber combatido cuerpo á cuerpo en Sicilia y Cerdeña y haber luchado hasta que Cartago doblegando sus rodillas hubo firmado el tratado de Lutatio y de Asdrubal conociendo que á la una le faltaría el aire y el sol en tanto que la otra existiese, y que esta guerra, donde cada pueblo combatía no sólo por sus altares y sus hogares, sino también por su vida, no podrá terminarse si no por la destrucción de Roma por Cartago, ó de Cartago por Roma.

Cuando se verifican semejantes acontecimientos, los pueblos contemporáneos no ven ni de donde vienen ni á donde van: reducen á los pequeños intereses humanos las causas que los han producido, y en los visibles medios que los han resuelto; pero rara vez alzan los ojos de la tierra para buscar la mano que tiene las riendas del mundo, ó el pie cuya espuela lanza al universo en el espacio: y todo les es invisible en lo presente, porque nada del período al que pertenece se ha completado aun.

La posteridad al contrario, ciega á su vez por su propia época, sube sobre las cumbres de la historia, y de allí descubre claramente lo pasado: ve cuales son las ciudades que Dios hizo florecer en su amor, ó destruyó en su cólera: oye los ecos de la lira que edificó á Tebas, y el sonido de la trompeta que hizo caer los muros de Jericó: ve subir al cielo el

ángel que vino á predecir á Abraham que su posteridad sería tan numerosa como las arenas del mar y las estrellas del cielo: ve bajar sobre Sodoma y Gomorra la nube que lleva consigo la esterminación de dos pueblos. Entonces todo le es inteligible y comprensible. Como comprende que Dios no puede servirse sino de medios humanos en lo directo ó providencial que imprime á la tierra, reconoce ministros del cielo en aquellos á quienes los contemporáneos habían tomado por hijos de la tierra, y que ignorando ellos mismos su misión divina, creían caminar á la luz del sol en su fuerza y claridad, cuando al contrario atravesaban la vida como Moisés el desierto, tiránicamente guiados por la columna de fuego.

Hubo uno, sin embargo, uno de los elegidos que adivinó lo que había venido á hacer sobre la tierra: empero este era el Hijo de Dios.

Así aquellos hombres no dejaron nada tras de ellos, si no su memoria: sus herederos incrédulos creyeron continuar la obra emprendida: la obra les fué rebelde porque se hallaba terminada. Se asombran entonces de que una gran luz se haya apagado de repente, y se teme á cada instante que va á volver á aparecer: se equivocan: el astro era un meteoro y no un sol. Mirad á Sesostris, mirad á Alejandro, mirad á César, mirad á Carlo-Magno, mirad á Napoleon.

Seguramente Annibal fué una de esas ideas encarnadas en hombre, fué el mal genio de Cartago, el ángel mortuorio del Africa. Recibió su fatal misión el día en que Amilcar haciendo un sacrificio á Júpiter por su entrada en España, cogió la mano de su hijo, le llevó al altar, y le hizo jurar sobre las víctimas que sería eternamente el enemigo de los romanos. Desde aquel día el niño se hizo hombre con el odio: ese odio aumentó con la muerte de Amilcar y Asdrubal: y cuando quince años después sucedió á su padre y á su cuñado en el mando de las tropas de España, el primer acto del joven general fué incendiar á Sagunto para buscar un pretexto de reñir con Roma.

Roma envió embajadores á Cartago. Venían á pedir que entregasen á Annibal: rehusó el senado. Entonces el mas anciano adelantándose, cogió su manto y presentándole á los senadores les dijo: Llevo en los pliegues de él la paz ó la guerra: ¿cuál de las dos cosas queréis que haga salir de él?

—Lo que os agrada, respondió desdenosamente el rey. El embajador soltó su manto y sacudió la guerra.

Entonces todo se preparó para una lucha mortal. Los romanos reunieron dos ejércitos, el uno que enviaron á España á las órdenes de Publio Cornelio, y el otro á Africa bajo la dirección de Tiberio Sempronio. Annibal dividió su ejército; dejó á Asdrubal su hermano

cincuenta buques de cinco órdenes, dos de cuatro y cinco de á tres, dos mil quinientos cincuenta hombres de caballería compuestos de libi-fenicios, africanos-númidas, masilienses-lorgitas, y mauritanos, y una infantería de once mil ochocientos cincuenta africanos, quinientos baleares, trescientos ligurianos, y se puso en camino á la cabeza de ochenta y dos mil hombres de á pie y doce mil caballos. Pasó el Ebro, venció los ilergetas, los bargusienses, los eresienses y los audosienses, dejó una guarnición sobre su territorio, pasó los Pirineos, bajó á las llanuras, y llegó á las orillas del Ródano.

El Ródano era entonces lo que es todavía hoy; ancho, fantástico, y torrencioso. Si se ha de creer á Petrarca, su nombre moderno le viene de la antigua palabra *Rhodam*, que expresa la impetuosidad de su curso. Tibulo le llama *celer*, Ausonio, *preceps*, y Floro *impiger*: en fin, San Jerónimo llamó á San Hilario por las palabras impetuosas, á que nada podía resistir, el Ródano de la elocuencia latina. En efecto, aquel río, y los Alpes, eran para Annibal los dos grandes obstáculos de su carrera, y no consideraba los ejércitos romanos sino como el tercero y el menos peligroso.

Así había costado el río algún tiempo antes de encontrar un punto favorable. Y si se ha de creer al arcadio Polibio ese gran maestro en el arte de la guerra que lo había aprendido de Philopemeno para enseñarlo á los Scipiones, y que nació catorce años apenas después de aquel suceso, *habló con seguridad, como dice él mismo, de todas aquellas cosas, porque las ha oído contar á testigos oculares, y que ha estado en persona en los Alpes para tomar un exacto conocimiento*, si se ha de creer, digo, á Polibio, fué cerca de cuatro jornadas de la embocadura del Ródano, donde se detuvo el general cartaginense un poco más arriba de Roquemaure. Si se adopta la opinión de Mandajors, de Damville y de Fortia, se emprendió enfrente de la pequeña población de Aria, convertida en la edad media en el castillo fuerte de Lers y en nuestros días en una simple granja del mismo nombre, atravesar el Ródano que no tenía allí más que la simple anchura de su cauce. Fué por consecuencia su primer cuidado conciliarse la amistad de los pueblos que habitaban sus márgenes; compró á aquellos salvajes marineros, entre cuyas manos se hallaba el comercio interior, cuantas barcas y canoas quisieron venderle; y pagándoles bosques enteros por los que nada habían pedido como siendo bienes del cielo que Dios había hecho crecer para ellos, hizo construir en dos días una cantidad extraordinaria de barcas grandes y pequeñas, tratando de inventar cada soldado para sí mismo un medio de pasar el río.

Durante este tiempo y estos preparativos, pueblos enemigos, aliados de los marseleses que eran amigos de los romanos, se reunían en

la opuesta orilla y se aprestaban á disputar el paso. Creyó entonces Annibal entrever señales de inteligencia cambiadas de una orilla á otra y comprendió que no podía seguir así, sin verse renuir delante y detrás de él una multitud que concluiría por envolverle como en una red de hierro.

Así, al comenzar la tercera noche llamó á su lado á Hannon, hijo de Bomilcar y dándole por guía algunos galos de quien se hallaba seguro, le mandó que subiese con su caballería numida la orilla del río hasta donde encontrase un vado: lo que era más fácil á aquel gefe que á él, á causa de su pesada caballería y de sus elefantes. Hannon no tuvo que buscar largo tiempo; llegado á un punto donde una isla cortando el Ródano en dos brazos disminuía la anchura, se arrojó el primero en el río, y aquellos hijos del desierto, habituados á pasar los peligrosos torrentes del Atlas y los mares de arena de la Mauritania, se lanzaron detrás de él con sus caballos sin freno. Alcanzaron la isla, descansaron al atravesarla, después volviendo á echarse á nado llegaron á la otra orilla y se apoderaron sin obstáculo de un puesto ventajoso, permaneciendo ocultos todo el día según la orden que los había dado Annibal.

A la mañana siguiente, al amanecer, Annibal dispuso todo á su vez para efectuar el paso. Los soldados, pesadamente armados subieron en grandes barcas, y la caballería ligera en las balsas: las mas grandes tomaron la parte de arriba y las mas pequeñas la de abajo, á fin de que aquellas rompiendo con su mole la violencia del agua, tuvieran estas menos que sufrir: después, por miedo de que los númidas no faltasen á la hora del desembarco, y para tener caballería al poner el pie en la otra orilla, mandó Annibal que detrás de cada barca un criado llevase por la brida tres ó cuatro caballos á nado, mientras que animándolos con su voz los amos armados pasasen sobre el mismo barco dispuestos á montar en las sillas tan pronto como hubieran puesto el pie en tierra.

Las primeras embarcaciones habían llegado ya á un tercio del río casi, cuando los galos salieron de su atrincheramiento y se precipitaron sin orden para oponerse al desembarco. Asombrados los cartagineses desistieron: pero Annibal dió orden de continuar el paso, recomendando á los que iban en las barcas grandes se tendieran contra el agua. En el mismo instante una columna de humo apareció en el Oriente. Annibal gozoso dió varias palmadas. En efecto, cinco minutos después, y cuando los dos ejércitos se hallaban al alcance de tiro, Hannon se presentó con su caballería. Rápido y devorante como el *simoun* cayó sobre los galos antes de que hubiesen tenido tiempo ni aun de verle, y pasando por medio de ellos como un torbellino, fué á incendiar su campo. El ines-

perado aspecto de aquellos centauros de color bronceado, los gritos de los soldados que comenzaban á poner pie en tierra, los aullidos de los que atravesaban todavía el río, los aplausos de la retaguardia que no había aun abandonado la otra orilla, todo, hasta el desorden que se ocasionó en los barcos por haber perdido algunos la línea bajando rápidamente por el río, llevaron el espanto á los galos: no sabían si debían ir á socorrer su campo, ó continuar impidiendo el paso del río. Durante este momento de vacilación algunas barcas llegaron, la caballería formó sus filas, los ginetes se lanzaron sobre sus caballos, los numidas se disolvieron y volvieron á unir. Cogidos á su vez entre dos ejércitos, los bárbaros arrojaron sus armas y echaron á huir, y para cortarles los flancos y volver á la carga, Annibal lanzó sobre ellos á Hannon y sus inteligentes caballos que sin freno y dirigidos por las rodillas de los dueños, peleaban como los hombres mordiendo y destruyendo cuanto encontraban: después con la vanguardia, que se hallaba fuera de peligro, protegió el paso del resto del ejército que se formó sobre la orilla á su vez, de modo que no quedaron más de la retaguardia que los elefantes.

El paso de estos había sido reservado para el último como el más difícil. Mientras habían marchado sobre tierra firme aquellos terribles auxiliares del ejército cartaginés, habían obedecido pasivamente á sus conductores: pero á la sola vista del río y como por instinto, habían comenzado á inquietarse levantando sus trompas al aire y dando señales de terror terrible como su cólera. Entonces inventó Annibal un nuevo medio; sujetó á la orilla del Ródano con cuerdas y cadenas dos balsas de cien pies de largo cada una, y á estas, otras dos más grandes todavía que ató á las últimas, de manera que en un momento dado rompiesen las ataduras que las sujetaban: después de esto todavía ató cadenas correspondientes á barcos colocados á cincuenta pasos de la otra orilla. En fin, cubrió todo aquel puente flotante de tierra semejante á la de las orillas, á fin de que los elefantes no se apercibiesen de que dejaban el suelo sobre el que su instinto les decía que podían caminar sin peligro. Tomadas estas disposiciones se puso á la cabeza á dos elefantes que los machos siguieron sin vacilar hasta las últimas balsas. Llegados allí, y á una señal dada, unos hombres cortaron los cables que sujetaban las embarcaciones móviles á las balsas fijas, y las chalupas inmediatamente, á fuerza de remos, remolcaron y llevaron los elefantes hacia la otra orilla.

Hubo entonces un movimiento de terrible angustia: y fué en el que el primer vaiven ó movimiento impreso por las chalupas, separó aquella viviente masa del camino cubierto de tierra que les había engañado. Sintiendo los elefantes moverse bajo sus pies el suelo, asus-

tados é inquietos se agitaron dando rugidos; después, dirigiéndose todos hacia un mismo lado casi hicieron zozobrar la balsa de modo que cinco ó seis cayeron al río. Creyóse entonces todo perdido, y el ejército entero lanzó un gran grito de ansia: pero en el mismo instante el barco aligerado de peso se volvió á enderezar, y los elefantes sumergidos reaparecieron levantando sus trompas por encima del agua y nadando poderosamente hacia la orilla. Diez minutos después, balsas y elefantes llegaban á la otra orilla en medio de los aplausos de todo el ejército entusiasmado.

Dejemos ahora á Annibal avanzar hacia el Oriente, cual si hubiera querido entrar en el centro de las tierras europeas, y atravesar los Alpes inmediatos á Briançon con la misma felicidad ó más bien con el mismo genio con que había atravesado el Ródano en Roquemare: le encontraremos más tarde en Trasimeno y en Capua.

Grande y terrible cosa es la historia porque es siempre más magnífica que la imaginación: sus recuerdos fijarán eternamente sobre las antiguas tierras la poesía. Nada atrae hacia los pueblos y los contornos que no tienen historia de lo pasado: eso es lo que hace que Italia, Grecia, Asia y Egipto, esas viejas ruinas degradadas y desgastadas como están, venganzan siempre al Nuevo Mundo, á pesar de hallarse coronado con sus bosques vírgenes, sus inmensos ríos y sus montañas llenas de oro y de diamantes.

Después de haber visitado sobre las márgenes del Ródano el famoso paso de Annibal, volvimos á tomar el camino de Avignon con Polibio en la mano y mirando cien veces atrás; porque no podíamos avanzar en aquella orilla en donde de un instante á otro nos parecía que íbamos á ver levantarse á Hannon y sus numidas, á Annibal y sus elefantes. Sin embargo, apresuré nuestra vuelta las primeras bocanadas de ese viento tan temido en el Mediodía que Estrabon llamaba el *boreas negro* y que los modernos llaman el *mistral*. Era evidente, en el modo con que comenzaba á silbar en derredor nuestro doblando los árboles cual espigas, que íbamos á hacer conocimiento con uno de los tres más grandes azotes de la Provenza: sábese que los otros dos eran el *Durance* y el parlamento.

LOS BUENOS DE LOS GENDARMES.

Volvimos á entrar en el camino en un pueblecito llamado, creo, Castillo Nuevo, y allí

encontramos nuestro cabriolé que nos estaba aguardando. Nos había llevado nuestra escursión más de la mitad de la jornada. En enganchar el caballo se gastó todavía algún tiempo; de modo que no pudimos volver á ponernos en camino antes de las tres y media de la tarde, y nos quedaban todavía que andar seis leguas.

Hacia el anochecer comenzó el mistral á soplar con una violencia horrenda. Yo no tenía idea alguna de una tempestad sobre la tierra y no creía que pudiese existir. Había, sí, leído en Estrabon que el *melamboreus* (es el nombre que da á este viento) arremolinaba los cantos de pedernal de la Crau cual el polvo: arrebatada como lo hubiera podido hacer una bandada de águilas, los carneros que pastaban en las llanuras, y arrojaba á los soldados romanos de sus caballos despojándolos de sus mantos y de sus cascos; pero había tomado todas estas cosas por antiguas exageraciones y por aquella poesía con que Homero y Herodoto cuentan las cosas que cada día se reconoce que eran realidad. Forzoso me era confesar que el señor de aquellas comarcas, porque el nombre que lleva le viene de *maestro*, no había perdido nada de su potencia al envejecer: y lo que hay de extraño es que no sopla constantemente de un punto del horizonte: sin duda, según las sinuosidades de las montañas en las que se engolfa, cambia de dirección: de modo que tan pronto le teníamos detrás de nuestro carruaje, y entonces lo empujaba como hubiera podido hacerlo el brazo de un gigante, tan pronto de cara y detenía nuestra marcha á pesar de los esfuerzos de nuestro caballo, tan pronto, en fin, de un costado y entonces amenazaba derribar nuestro carruaje cual pudiera haber hecho con una barca. Nos hallábamos verdaderamente en un asombro que rayaba en estupefacción, de la que participaba nuestro conductor que, no habiendo avanzado en sus viajes á Avignon no tenía idea alguna de aquellas tempestades que espiran en Orange y no se estienden nunca hasta Valencia, donde nosotros le habíamos ajustado. Lo que todavía complicaba nuestra situación era que el aliento glacial del mistral, lleva conmigo un frío agudo, desconocido á las gentes del Norte, y que en lugar de penetrar desde la epidermis á lo interior, comienza á acometeros desde el tuétano de los huesos y os paraliza.

Hacia ya mucho tiempo que era de noche cuando quisimos detenernos en una posada en el camino; pero se nos dijo que no había más que una hora de molestia para poder llegar á Avignon y nos volvimos á poner en camino.

Al cabo de una hora casi, divisamos en efecto una masa negra y compacta; pero al llegar cerca de ella nuestro conductor, pretendió que no podía ser la ciudad. Además, había tanta oscuridad que no se veía el ca-

mino que á ella dirigía. No tuvo trabajo en hacernos adoptar su opinión, porque helados por el frío no teníamos ni ganas ni fuerzas para entrar en discusión. En consecuencia continuó triunfalmente su camino; el mistral interceptado un instante por la masa negra que habíamos pasado, renovó su furia alrededor nuestro. Caminamos todavía una hora cada vez con más frío, que semejante á un reumatismo nos partía las coyunturas; en las rodillas sobre todo padecíamos en términos de dar gritos.

Después de una hora y otra hora no acabamos de llegar á Avignon y siempre con el mistral encima. Nuestro conductor comenzó á comprender que se había equivocado, y confesó que la masa negra que habíamos dejado atrás era probablemente la ciudad de Avignon. En fin, como en todo caso era una ciudad cualquiera, le mandamos volviérase brida; pero entonces nos dijo que si era Avignon, perderíamos el tiempo porque no podríamos entrar, en atención á que había pasado la hora de cerrar las puertas.

Triste era la noticia; permanecer todo el resto de la noche al aire, era arriesgar, al ver la situación en que nos hallábamos, el no despertarnos al día siguiente. Sin embargo, durante la discusión íbamos andando siempre adelante, cuando de repente cesó el movimiento de nuestro cabriolé y al mismo tiempo una voz nos mandó hacer alto. Hubo un momento en que creímos que eran ladrones; pero nos hallábamos en tal estado de impotencia Jadin y yo, que ni aun tuvimos fuerza ni acción para echar la mano á nuestras escopetas que estaban detrás de nosotros.

—¿Quién es? dijo el conductor.

—¿Dónde vais? replicó la misma voz.

—A Avignon.

—Queréis decir á Marsella.

—¡No pardiez! repliqué yo, vamos á Avignon.

—Lo dejáis á la espalda y estáis á dos horas de camino.

Me entraron unas furiosas ganas de dar de palos á nuestro conductor, pensando no solamente que hacia dos horas podríamos estar en nuestras camas, sino también que era necesario pasar otras dos horas antes de llegar á estarlo.

—Ahora, ¿quién sois? continuó otra voz.

—¿Y quién sois vosotros que lo preguntáis? respondió Jadin.

—Somos los gendarmes de la brigada de Avignon.

—Y nosotros viajeros que cual veis han equivocado el camino.

—¿Teneis pasaportes?

—Sin duda.

—Dádmelos.

Jadin iba á sacarle de su bolsillo y yo le detuve la mano.

—Gaardaos bien de hacerlo, le dije á media voz.

—¿Porqué? me respondió en el mismo tono.

—Porque con nuestros pasaportes los gendarmes nos dejarán en el camino, llamaremos á las puertas de la ciudad, que no nos abrirán, mientras que sin pasaportes nos conducen á Avignon, hacemos una entrada triunfal entre los gendarmes, y una vez en la ciudad presentamos nuestros papeles y damos gracias á estos señores por su complacencia.

—¡Toma, toma, toma!... dijo Jadin.

—¡Y bien! los pasaportes; continuó el gendarme que, oyéndonos hablar bajo, creyó que nos poníamos de acuerdo sobre el modo de burlar su vigilancia.

—¿A qué os los hemos de dar, repliqué yo, á menos que no tengais ojos de murciélago para leerlos?

Entonces fueron los dos gendarmes los que consultaron entre sí: parece además que su opinión estuvo de acuerdo, porque la misma voz replicó en tono burlon.

—Corriente, caballero; pero con vuestro permiso vamos á conducirlos á un sitio donde se verá claro.

—¿Y á dónde? repliqué yo.

—A Avignon.

—Las puertas están cerradas á estas horas.

—Para los viajeros sí, para los presos nó. Vamos, vuelve brida, hijo mio, dijo al conductor; andando ligerito que aquí no hace calor.

Entonces cogió él mismo las riendas de nuestro caballo, le hizo dar una vuelta y se colocó con su camarada el uno á la derecha y el otro á la izquierda de nuestro carruaje, y volvimos á desandar el camino que tan inútilmente acabámbos de hacer.

—Pero, exclamé yo temblando de que me soltasen, esto es un abominable abuso de poder y me quejaré al llegar á Avignon.

—Libre sois de hacerlo.

—¿Y cuándo llegaremos?

—Espero que en una hora. Vamos, conductor, ¡al trote, al trote! ó sino acariciaré yo á vuestro caballo con la punta de mi sable. Vamos, pues, continuó el gendarme, uniendo la acción á la amenaza.

Volaba el carruaje.

Escelente gendarme! le hubiera pedido permiso para darle un abrazo si hubiera estado seguro de que me lo había de negar.

Lo que nos había dicho era la verdad como el Evangelio. Al cabo de una hora divisamos aquella masa negra de que habíamos tardado dos horas en alejarnos. Nuestra escolta se metió en una calle de árboles, cuyas ramas oscurecían de tal modo el camino que habíamos pasado cerca de él sin verle, y algunos minutos despues, cuando estaban dando las doce, llamamos á las puertas de Avignon. El conserje se levantó murmurando y preguntó quien llamaba á aquella hora. Diéron-

se á reconocer los gendarmes. Inmediatamente giraron los goznes de las puertas para dar paso á la fuerza pública y á los vagos que traía consigo: despues oímos detrás de nosotros al conserje cerrar las dos hojas de las puertas, dar vueltas á la llave y echar los cerrojos: respiramos, porque era casi seguro de que una vez dentro no nos habian de echar fuera.

—Ahora, caballeros, nos dijo el excelente gendarme echando pie á tierra y acercándose á nuestro carruaje, espero que no tendreis dificultad en presentar vuestros pasaportes.

—No, seguramente, le respondí yo alargándole el mio y el de Jadin. Podeis asegurarnos de que están en regla.

Los cogió el gendarme, entró en el cuarto del portero; los examinó escrupulosamente y viendo que no tenia nada que decir nos los volvió á traer.

—Aquí están, caballeros, nos dijo. Ahora perdonad porque os hayamos traído hasta aquí.

—¿Cómo perdonar! le dije yo, mil gracias; sin vosotros hubiéramos tenido que pasar la noche en el campo, mientras que gracias á esto iremos á dormir en la fonda del Palacio Real, si teneis la bondad de indicarnos donde se halla.

—Hacia allí vamos nosotros, caballeros, y si quereis que continuemos en serviros de escolta os pondremos á la puerta del señor Moulin.

—Con muchísimo gusto; pero á condicion de que la escolta aceptará diez francos para echar un trago á nuestra salud.

—Nos está prohibido recibir nada mas que la paga que nos da el gobierno. Así, si teneis alguna cosa que dar, dadla á ese buen hombre á quien hemos incomodado haciéndole levantar.

Me hallaba confundido con su desinterés, cuando Jadin, que es de la escuela escéptica, me hizo observar que el portero era al mismo tiempo mercader de vino, lo que le hacia creer que los diez francos por cambiar de mano no cambiarían de destino.

Prevení de una vez para siempre al lector que Jadin es un ateo y no cree en nada, ni aun en la virtud de los gendarmes. Sean como quiera, nos cumplieron fielmente su promesa y nos pusieron á la puerta de la fonda del Palacio Real.

Así es como hicimos nuestra entrada en Avignon, ciudad al decir de Francisco de Nougner, su historiador, noble por su antigüedad, agradable por su situación, soberbia por sus murallas, risueña por la fertilidad del suelo, encantadora por la dulzura de sus habitantes, magnífica por su palacio, hermosa por sus grandes calles, maravillosa por la estructura de su puente, rica por su comercio, y conocida por toda la tierra.

EL CUARTO NÚMERO 3.

Apesar de lo avanzado de la hora en que llegamos, gracias á la actividad de nuestro huésped, pronto tuvimos un espléndido fuego y una confortable cena. Cuando nos hubimos calentado en el uno y restaurado con la otra, el huésped llamó á un mozo y le mandó que prepare para mí el cuarto número 4.

—¿Os seria igual, le dije, darme el cuarto número 3?

—El que os propongo, me respondió, es el mejor y tiene vistas á la calle.

—No importa, repliqué, yo deseo el número 3.

—Generalmente no le damos sino cuando los demas están ocupados.

—Pero cuando se os pide...

—No nos lo piden nunca sin motivo, y á menos que no tengais uno...

—Soy el ahijado del mariscal Brune.

—Entonces comprendo, dijo nuestro huésped. Llevad al señor al cuarto número 3.

En efecto, hacia mucho tiempo que yo me habia propuesto la mortuoria peregrinacion que verificaba en aquel momento. El mariscal Brune era del corto número de amigos que habian permanecido fieles á mi padre cuando despues de haber adoptado en Egipto el partido de Kleber cayó en desgracia de Napoleon: despues de la muerte del proscrito era el único que se hubiese atrevido á pedir, aunque inútilmente, al emperador mi entrada en un colegio militar, y hasta 1814 nos habia dado á á mi madre y á mi pruebas, es verdad infructuosas, pero muy vivas é interesantes de sus recuerdos.

En el trastorno de la doble restauracion le habíamos perdido de vista é ignorábamos donde se hallaba, cuando de pronto resonó por Francia un grito de que el mariscal Brune habia sido asesinado!...

Aun cuando yo era un niño y no tenia mas que once años en aquella época, me hizo una profunda impresion esta noticia. Habia oido tan frecuentemente hablar á mi madre de que el mariscal era mi único apoyo para el porvenir, que creí perder segunda vez á mi padre. Quanto mas joven es uno mas se imprime de un modo indeleble en su corazon el sello de la desgracia. Desde este suceso data el odio instintivo mas bien que racional que experimento por la restauracion; el primer germen de las opiniones en mi podrá verificarse tal vez nacionalizándose, pero probablemente formarán para siempre la base de mi religion politica.

Fácilmente se comprenderá con cuánta emocion abriria yo la puerta de aquel cuarto

donde habia exhalado su último suspiro aquel que habia jurado ante Dios ser mi segundo padre, y que en cuanto dependió de él habia cumplido su palabra. Me parecia que aquel cuarto debia haber conservado algo de fatal y como un olor á sangre. Eché una rápida ojeada en derredor de él y me asombró al verle sencillo y risueño cual un cuarto ordinario. Ardía un buen fuego en la chimenea colocada enfrente de la puerta; unas cortinas blancas cubrian las ventanas por las que habian entrado los asesinos: un papel azul ostentaba sus grandes y pintadas flores. Dos camas iguales invitaban al sueño; era en fin, un cuarto como todos los cuartos.

Sin embargo, habia allí, entre la chimenea y la cama, á tres pies y medio de altura casi, un agujero redondo, de una pulgada de profundidad! era el de una bala, único vestigio que quedaba del asesinato.

Yo sabia que existía aquel agujero y conducido por la direccion de la puerta, marché derecho á él y lo hallé al instante.

Imposible me será explicar el efecto que causó en mí aquel vestigio de muerte. Allí es donde la bala, caliente y humeando, habia ido á enfriarse despues de haber atravesado el noble pecho, sobre el que yo me recostaba, del vencedor de Alkmaert, de Berghen y de Stralsund, y en el que me habia estrechado. Aquel recuerdo se hallaba tan presente y tan real, que me parecia sentir todavía los brazos del mariscal estrechándome contra sí. Pasé así, respirando apenas, los ojos clavados sobre aquel agujero y habiendo olvidado el mundo entero por uno de esos pensamientos, uno de esos instantes de poesia que las palabras humanas no pueden espesar: despues me dejé caer sobre una silla asombrado de hallarme al fin en aquel cuarto que tantas veces habia deseado ver, y mirando uno despues de otro con vaga ansiedad todos aquellos muebles que habian sido testigos de aquella terrible catástrofe.

Así se pasó una parte de la noche, y á pesar de mi cansancio solo á las tres de la mañana pude reconciliar un poco el sueño: pero apenas habia apagado la luz cuando pensé que yo estaba tal vez acostado en aquella de las dos camas sobre la que se habia depositado el cadáver. Aquella idea me hizo erizarse los cabellos y correr el sudor de mi frente; mi corazon daba tan violentos saltos que oía sus latidos cerré los ojos, empero no pude dormir; los detalles de aquella sangrienta escena se representaban ante mí. El cuarto me parecia lleno de fantasmas y de rumores. No sé cuánto tiempo permanecí así, pero en fin, todas aquellas imágenes funebres se confundieron las unas con las otras y cesaron de tener formas distintas: el ruido y los lamentos se alejaron y me dormí yo mismo con un sueño parecido al de la muerte.

Quando me desperté era ya bastante de